



En televisión, los de Camel no tocaron, claro: los instrumentos no sonaban, sólo el gesto era auténtico.

EL LADO OCULTO DE UN CONCIERTO ROCK

GONZALO GOICOECHEA

UNOS veinte mil jóvenes asistieron en los últimos días del pasado mes de difuntos a los conciertos que el grupo inglés de rock Camel dio en Pamplona, San Sebastián, Madrid y Barcelona. El de Bilbao se suspendió porque ni los del local ni los organizadores habían previsto la necesidad de un electricista que orientara a los Ingleses en la cosa de la toma de corriente. Las condiciones de los contratos que se firman son largas y exigentes, por cualquier detalle se puede suspender el concierto. Como el de Bilbao era el primero de los españoles, a punto se estuvo de dejar con las ganas a los aficionados de estas tierras. Pero las otras ciudades tuvieron más suerte.

En poco más de dos meses Camel ha realizado una gira por Europa con más de setenta actuaciones. La de Barcelona fue la última. Estaba programada para el lunes, pero se aplazó al martes por motivos ajenos a todo el mun-

do: a la una y media de la tarde el trailer de tres ejes que transportaba el material estaba todavía aparcado y quieto, unos kilómetros antes del puerto de Aizpiz, entre San Sebastián y Pamplona, porque la nieve que había caído el domingo en los montes vascos hacía peligroso el paso de grandes camiones por carretera con tantas curvas.

El deseo del chico de los teclados

Dave Sinclair —teclados— quería ver la Concha. Eran las cuatro de la madrugada y mientras bebía con avidez coñac español dudaba entre irse a dormir o dar un paseo bajo la tenue lluvia por las limpias arenas de una playa que sólo había visto desde el autobús que le había llevado al hotel. Si hubiera aprovechado el tiempo perdido desde que terminó el concierto hasta que se montaron en el au-

tobús, habría tenido cerca de tres horas para solazarse ante el oscuro Cantábrico, atezado por la bahía. Pero los representantes, los managers, estaban discutiendo cuestiones últimas y surgió el problema de televisión: el martes había que grabar un programa, no era necesario tocar, simplemente dar la cara y simular que se hacía; sólo era necesario un piano eléctrico que nadie, ni los de la casa de discos ni los otros, se sentía obligado a alquilar. Así pasó el tiempo, mientras los músicos, aburridos, pero resignados, esperaban en un frío vestuario de baldosines blancos, perdido el hábito mágico con el que las luces, su propia música, el escuchar ansioso de cientos de personas y su natural sentido del rito les rodean en el escenario. Después no tuvieron tiempo ni de cenar. Se juntaron todos en el bar del hotel y bebieron cantidad, a pesar de que no había almendras saladas. Pill, una muchacha que estuvo toda la



gira deambulando entre el grupo y los organizadores, sin que nadie supiera con certeza qué hacía allí ni quién la había invitado, tragaba en un instante los batidos que el camarero servía no sin protestar, porque tenía que cerrar.

Dave pudo ver la Concha al día siguiente, poco antes de salir hacia Bilbao para montar en un avión que les llevaría a Barcelona. El sol era espléndido y se lamentó de lo absurdo de una gira que te lleva por decenas de ciudades sin que te enteres muy bien, sin poder dar cuenta de las peculiaridades de cada una. Pili, según se comentó, había salido victoriosa

en su empeño de ser amiga y no amante de los músicos. Mel Collins, ya en los vestuarios, quiso saber si la moza estaba dispuesta a todo, pero fue rechazado con energía, como si aquella, aun siendo burgalesa, quisiera emular a las mozas vascas de Inquebrantable virginidad. Mel Collins es el saxofonista del grupo.

Los miembros del grupo permanecen como ajenos a todo el lío que sus representantes se traen. Se limitan a tocar, a hacer música, hoy aquí, mañana allí, hasta que lleguen las prometidas vacaciones en las islas. Tras el próximo verano vendrá una nueva ma-

to de Madrid y, a través de promotores locales, los de las capitales vascas. El de Madrid se puede decir sin duda alguna que fue el peor organizado de todos. Los **managers** ingleses no quedaron satisfechos. Tampoco el público madrileño, que, si siempre es tratado a patadas en esto del rock, esta vez fue metido en un polideportivo virgen en tales cometidos, que más parecía un garaje. Así, para satisfacer el gusto de escuchar música en directo, uno tiene que sentarse en el suelo frío y sucio y soportar los codazos y pisotones, la asfixia insana, de miles de personas reunidas en número

un cálculo del aforo del local y del precio de las localidades, y sobre la cantidad resultante se hace un reparto entre el grupo y el promotor una vez descontados gastos generales. La mitad de lo que le corresponde al grupo hay que pagarlo a la firma de contrato. El grupo ya no volverá a incoordinar con lo de la pasta hasta una hora antes del comienzo del concierto, que es cuando se abona el resto. Y si no, no hay concierto. Tampoco van a estar tocando para darle ganancias a cualquier chorizo que se escape con el taquillaje.

Firmado el contrato, llega la tarea más pesada: preparativos, permisos diversos, pagos por encima de los calculados. Lo primero es el local. Se suele acudir a los locales deportivos. El que más se usa en Madrid es el Pabellón del Real Madrid. En el caso de **Camel** se intentó buscar un sitio nuevo —y más barato—, pero fue peor. El Real Madrid cobra por el alquiler para un día 250.000 pesetas, también al firmar el contrato, y luego, un 10 por 100 sobre el taquillaje. Tiene la ventaja de que caben 8.000 personas. Pero muchas veces se teme no llenarlo. Con **Camel** se habría llenado, porque las entradas (4.000 oficialmente) fueron vendidas antes de ponerse a la venta. Como además se vendieron más de las permitidas y unas 2.000 fueron falsificadas, porque a nadie se le ocurre hacer unas entradas blancas con letras negras si quiere que eso no ocurra, muchos no pudieron entrar, incluido el director de la compañía discográfica.

De la promoción se suelen encargan las casas de discos (Columbia gastó medio millón con **Camel**). Luego viene lo de los permisos, que no es moco de pavo: Policía, Hacienda y Ministerio de Trabajo. Y el más caro: Autores. Se da la paradoja de que porque unos músicos toquen unas canciones que ellos mismos han compuesto hay que pagar a la Sociedad General de Autores de España un 25 por 100 del taquillaje potencial (para hacer el fardo más llevadero sólo cobran el 17 si se abona antes del concierto).

Los gastos de infraestructura son también elevados. El más desatendido en España es el asunto del servicio de orden, que normalmente resulta inexistente. El promotor debe cuidar de todo aquello que firma en un contrato redactado en inglés. Y la minuciosidad de los detalles es exhaustiva. Con el grupo se desplazan otras muchas personas. Los que menos molestan y más trabajan son los **rodís** (no hay una palabra castellana para designar esta función, algunos les llaman "pipas": son como los mozos de carga, los que montan y desmontan el pesado material, siempre sin un descanso, anónimos junto a las **estrellas**; el ▶



En poco más de dos meses Camel ha realizado una gira por Europa con más de setenta actuaciones, de las que la última fue en Barcelona.

ratón agotadora. Los promotores que estén interesados ya saben lo que tienen que hacer si quieren organizar un concierto del grupo.

¿Es sencillo hacerlo? La verdad es que no. Lo primero que hace falta es dinero. Luego, capacidad organizativa. Los promotores españoles no tienen muy buen nombre en las agencias inglesas, sólo Gay, en Barcelona, y alguno más suelto por ahí empiezan a suponer alguna garantía. Y los contratos son muy duros. Cuando un grupo decide hacer una gira, sus representantes se ponen en contacto con una agencia, que, a su vez, se pone en contacto con los promotores de cada país o ciudad. Los conciertos de Camel, por ejemplo, los organizó Gay en Barcelona y Discobarsa en el resto. Discobarsa montó directamente el con-

cierto muy superior a la capacidad del local, que, por cierto, es de unos frailes, que se embolsaron 50.000 pesetas del alma en concepto de alquiler.

Todos cobran por adelantado

Declamos antes que lo primero que hace falta es dinero. Pues es bien cierto. Para un concierto de un grupo no demasiado estrella, con dos o tres kilos es suficiente. La primera cantidad a pagar es en el momento de la firma del contrato, sea con el **manager** del grupo directamente, sea con la agencia intermediaria. Es lo que se llama dinero de garantía. Se hace



Extramuros

la nueva novela de
Jesús Fernández Santos



Una devastadora historia de Amor (con mayúscula), de ayer y de hoy, de siempre; a ratos melancólica, a ratos burlona y en no pocos momentos —comparables a lo mejor de un Ingmar Bergman o a la mística de Teresa Avila— sublime. Sin duda la mejor novela, hasta hoy, de este auténtico creador que es Fernández Santos. (260 PTAS.)

argos-vergara  'libros vivos'

Unicef felices pascuas.



En nombre de millones de niños le felicitamos y le damos las gracias por su ayuda.

FELICITE CON TARJETAS DE UNICEF
DE VENTA EN TODAS LAS OFICINAS DE CORREOS
Y EN LAS DELEGACIONES PROVINCIALES DE LA
ASOCIACION UNICEF

Unicef

Apto. de Correos, N.º 12.021. MADRID

La publicidad de UNICEF es gratuita

EL LADO OCULTO DE UN CONCIERTO ROCK

nombre en inglés deriva de "road", porque se supone que siempre están en la carretera; trabajan para las agencias: los que iban con Camel comenzaban, a los pocos días, una nueva gira con Moddy Blues).

Resulta curioso observar los preparativos, la carga y descarga de las cajas, altavoces, amplificadores, mezclas, focos, cables, todo hecho de forma automática, cada pieza en su sitio, cada cajón sus ruedas, cada maletón cientos de kilos. Son necesarios más de siete horas para montar todo desde que llega el camión. Dos horas antes del comienzo de la función se hace la prueba de sonido. Los músicos abandonan el hotel al que normalmente acaban de llegar y, sin preguntar, seguros de la eficiencia de sus representantes, llegan aburridos a desangelados pabellones, donde la voz resuena fría en el cemento, donde no se podría hacer música si no fuera por el calor animal de cientos de cuerpos cargados de hashish y otras hierbas que acuden ansiosos a la ceremonia de los decibelios y de la luz. Hecha la prueba del sonido, comienza a entrar el público, el sufrido público del rock.

"Nos tratan como a delincuentes"

Ya antes de morir quien no ha resucitado ni resucitará se organizaban conciertos de rock. Primero en Madrid, fue el Monumental (en Barcelona, estas cosas se las montan mejor y organizan cantidad de conciertos, que en Madrid, si quieren oírlos, deben hacérselo en plan excursión). Había incluso subvención del entonces Ministerio de Censura. Ahora, ni subvenciones ni nada. El riesgo personal y la posterior ganancia o pérdida. Todo queda en negocio esporádico y hasta en esto hemos de ser tercermundistas. Lo curioso es que público hay, a pesar de que cada vez se lo ponen más difícil. Y más caro. La entrada para ver a Eric Clapton costaba 600 pesetas, y encima era difícil de falsificar. Con Camel, el precio era más bajo: 350 pesetas en Madrid, 325 en San Sebastián y 275 en Pamplona. Los navarros esto de la música también lo suelen tener baratillo (¿será por los fueros?), porque el Ayuntamiento cede gratuitamente el local (otras veces, como con Magna Carta, lo organiza alguna institución y sólo se cobran 50 pesetas). Pero en Madrid nadie se preocupa de estas cosas. Y pasa lo que pasa.

Hemos llegado a lo del orden

público, a la seguridad. No es una falsa leyenda la violencia en los conciertos de rock. Siempre ha habido desconfianza hacia la música de este tipo en los despachos oficiales. En España no ha ocurrido ninguna alteración grave en estos conciertos. Pero las medidas policiales son cada vez más fuertes, la sensación es de control total: en fila india, pegados a la pared, las entradas en la mano varios metros antes de la puerta. El concierto de Clapton fue en este sentido clave, indicativo de una actitud policial más europea, más socialdemócrata. Antes de la hora del comienzo del concierto miles de jóvenes se agolpaban en los alrededores del Pabellón del Real Madrid. Muchos no tenían entradas. La Policía permanecía atenta. Cuando consideró que todo el que tenía entrada ya estaba dentro, cargó contra los que estaban fuera. En el interior, el desmadre era total; en el exterior el orden era absoluto, gracias a los botes de humo.

Con Camel, ni en Pamplona, ni en San Sebastián, ni en Barcelona hubo problemas. Había buena organización, un control incómodo, pero efectivo, y todo funcionó. En Madrid fue un desastre total: unos 7.000 jóvenes esperaban a las puertas de un local que no aguantaba más de 5.000. Pero lo peor fue la espera, la larga y paranoizante espera. La calle era pequeña y la Policía estaba nerviosa. Muchos se alejaban del lugar a punto de renunciar a la música por no recibir un porrazo, que se presentaba inminente. Llegó —también— para los que no entraron. La Policía despejaba la calle con un coche en marcha sonando su pitido y a toda velocidad. Y la gente lo único que hacía era esperar a que abrieran las puertas.

"Nos tratan como a delincuentes", explicaba una asustada moza a su novio. No era la única en pensarlo. Ese orden debería garantizarlo la organización. Si tiene para ello que contratar a más gente, que la contrate. El público no tiene por qué ir a oír música con miedo a que pase algo. A veces se contrata a los servicios de orden de los partidos de izquierda. Por lo menos, no llevan uniforme.

Camel finalizó su gira con la grabación de un tema de tres minutos para un hortera programa de televisión. No tocaron, claro. Los instrumentos no sonaban, sólo el gesto era auténtico. Porque la televisión destruye lo mágico, la ceremonia. En sus manos la música de Camel no pasaba de ser una agradable melodía para plácidas tardes de sabor ibicenco.

■ G. G.